

Money, Mississippi, tiene exactamente el aspecto que sugiere su nombre. Bautizado desde esa tradición de ironía sureña recalcitrante, y desde la tradición adjunta de la incultura, el nombre se vuelve un poco triste, un indicador consciente de ignorancia que quizás convenga aceptar porque, reconozcámoslo, no va a desaparecer.

En las afueras de Money había algo que quizás se podría considerar de forma aproximada un suburbio, quizás hasta se podría llamar barrio, una colección no tan pequeña de casas dúplex estilo rancho y con revestimiento de vinilo que llevaba el nombre no oficial de Small Change. En uno de los jardines traseros de hierba moribunda, en el borde descascarillado de una piscina elevada vacía, adornada con imágenes descoloridas de sirenas, se estaba celebrando una pequeña reunión familiar. No era una reunión ni festiva ni especial, simplemente habitual.

Era la casa de Wheat Bryant y su mujer, Charlene. Wheat estaba buscando trabajo, vivía eternamente buscando trabajo. Charlene siempre se aseguraba de señalar que la palabra «buscando» solía sugerir que se iba a encontrar algo, mientras que Wheat sólo había tenido un trabajo en

su vida entera, y no era probable que fuera a encontrar otro. Charlene trabajaba de recepcionista en Tractores Usados J. Edgar Price Propietor (que era el nombre oficial de la empresa, sin comas), tanto en ventas como en atención al cliente, aunque la empresa llevaba tiempo sin vender tractores usados, e incluso sin reparar muchos. Corrían tiempos difíciles en el pueblo de Money y sus inmediaciones. Charlene siempre llevaba un top del mismo color amarillo que su pelo teñido y ahuecado, y lo llevaba porque molestaba a Wheat. Wheat bebía sin parar latas de cerveza Falstaff, fumaba sin parar cigarrillos Virginia Slim y aseguraba que fumarlos lo convertía en un feminista de éstos. A sus hijos les contaba que las cervezas eran necesarias para que no se le desinflara la panza, y que los cigarrillos eran importantes para ir de vientre con regularidad.

Cuando estaba al aire libre, la madre de Wheat —la abuela Carolyn, o abuela Caro, como la llamaban— se desplazaba en uno de aquellos cochecitos eléctricos de ruedas anchas del Sam's Club. No es que fuera un cochecito igual que los del Sam's Club; es que lo había cogido prestado de forma permanente del Sam's Club de Greenwood. Era rojo y tenía unas letras blancas que decían *am's Clu*. El esforzado motor eléctrico emitía un ronroneo fuerte y constante que dificultaba bastante tener conversaciones con la anciana.

La abuela Caro siempre parecía un poco triste. ¿Y por qué no iba a estarlo? Wheat era su hijo. Charlene la odiaba casi tanto como odiaba a Wheat, pero no lo demostraba nunca; era una mujer mayor, y en el Sur a los mayores se los respetaba. Sus cuatro nietos y nietas, de entre tres y diez años, no se parecían en nada entre sí, pero no podrían haber sido de ninguna otra familia ni lugar. A su padre lo llamaban por el nombre de pila, y a su madre la llamaban Mamichula de Amarillo, que era el apodo que usaba en la radio de banda ciudadana cuando

charlaba con camioneros de madrugada mientras la familia dormía, y a veces también mientras cocinaba.

Aquellas charlas por radio irritaban a Wheat, en parte porque le recordaban el único trabajo que había tenido: conducir un tráiler lleno de fruta y verdura para la cadena de tiendas de alimentación Piggly Wiggly. Había perdido el trabajo al quedarse dormido al volante y salirse con el camión del Puente de Tallahatchie. No se había salido del todo, la cabina se quedó colgando sobre el río Little Tallahatchie durante muchas horas antes de que vinieran a rescatarlo. Al final se salvó subiéndose a la pala de una excavadora que habían traído de Leflore. Quizás habría podido conservar el trabajo si el camión no se hubiera quedado allí colgado, si se hubiera despeñado de inmediato y sin elegancia del puente al río fangoso de debajo. Pero tal como fue la cosa, hubo tiempo de sobra para que la historia se inflara y llegara a la CNN, la Fox y Youtube, repitiéndose cada doce minutos hasta volverse viral. La imagen que lo terminó de condenar fue un clip que mostraba unas cuarenta latas vacías de Falstaff cayendo en tromba desde la cabina hasta la corriente de debajo. Y ni siquiera aquello habría sido tan grave si Wheat no hubiera tenido una lata agarrada con la mano gordezuela cuando se bajó por entre los dientes de la pala de la excavadora.

También estaba presente en la reunión el hijo pequeño del hermano de la Abuela Caro, Junior Junior. Su padre, J.W. Milam, se había llamado Junior, de manera que a él le pusieron Junior Junior. Nunca lo llamaron J. Junior, ni Junior J., ni tampoco J.J.; sólo Junior Junior. El padre, que pasó a llamarse Junior a Secas después de nacer su hijo, había muerto unos diez años antes del «maldito cáncer», como lo llamaba la Abuela Caro. Había muerto apenas un mes después de Roy, el marido de ella y padre de Wheat. A la Abuela Caro le parecía importante que hubieran muerto de lo mismo.

—Abuela Caro, ¿no tienes calor con ese sombrero ridículo?
—le gritó Charlene a la anciana por encima del ronroneo de su buggy.

—¿Mande?

—Que ese sombrero ni siquiera es de paja. Es de lona de vinilo o algo. Y no tiene agujeros pa que pase el aire.

—¿Cómo?

—No te oye, Mamichula de Amarillo —le dijo su hija de diez años—. No oye na. Está sorda como una tapia.

—Carajo, Lulabelle, ya lo sé. Pero no podréis decir que no la he avisao cuando se caiga redonda de un golpe de calor.
—Volvió a mirar a la Abuela Caro—. Y el artificio ese en el que va también se recalienta. ¡Ese trasto te da más calor todavía! —le gritó a la mujer—. ¿Cómo no se ha muerto ya? Es que no lo entiendo.

—Deja en paz a mi madre —dijo Wheat, medio riéndose. Puede que estuviera medio riéndose. ¿Cómo saberlo? Tenía la boca permanentemente torcida en una sonrisilla chueca de burla. Mucha gente creía que había sufrido un pequeño derrame cerebral hacía unos meses, mientras comía costillas.

—Vuelve a llevar ese sombrero ridículo —dijo Charlene—. Se va a poner enferma.

—¿Y qué? A ella le da igual. ¿Y qué coño te importa a ti?
—dijo Wheat.

Junior Junior le volvió a poner el tapón a la botella que llevaba metida en una bolsa de papel y dijo:

—¿Por qué cojones tenéis la piscina vacía?

—Porque pierde agua, coño —dijo Wheat—. Se le hizo una grieta en la pared cuando se cayó contra el lateral la gorda de Mavis Dill. Ni siquiera estaba yendo a nadar. Pasaba caminando al lado y se cayó.

—¿Y cómo se las apañó pa caerse?

—Porque es gorda, Junior Junior —dijo Charlene—. Se te desplaza el peso a un lao y te caes pa ese lao. La gravedá. Wheat sabe mucho de eso. ¿Verdá que sí, Wheat? Tú sí que sabes de la gravedá, ¿eh?

—Vete a la mierda —dijo Wheat.

—No pienso aguantar que se hable así delante de mis nietos —dijo la Abuela Caro.

—¿Cómo carajo lo ha oído? —dijo Charlene—. No oye los gritos, pero eso sí que lo oye.

—Oigo muchas cosas —dijo la anciana—. ¿Verdá que oigo muchas cosas, Lulabelle?

—Pues claro que sí —dijo la niña. Se había subido al regazo de su abuela—. Lo oyes to, ¿verdad que sí, abuela Caro? Tienes un pie en la tumba, pero oyes de maravilla, ¿verdá, abuela Caro?

—Pues claro que sí, cielo.

—¿Y qué vais a hacer con la piscina, pues? —preguntó Junior Junior.

—¿Por qué? —preguntó Wheat—. ¿Me la quieres comprar? Yo te la vendo, sin pensarlo. Hazme una oferta.

—Puedo poner cerdos dentro. Si le quitas el fondo, se pue usar pa guardar cerdos.

—Te la tendrías que llevar —dijo Wheat.

—Puedo traer los cerdos aquí. Sería más fácil, ¿no te parece?

Wheat negó con la cabeza.

—Nos tocaría oler to el día a tus puercos. Y no quiero oler a tus puercos.

—Pero hombre, con lo bien instaladita que la tienes. Daría un montón de trabajo moverla. —Junior Junior se encendió un fino purito verde—. Si aceptas, te llevas un cerdo de regalo. ¿Cómo lo ves?

—No necesito ningún puerco asqueroso —dijo Wheat.

—¡Vale ya con las palabrotas! —gritó la abuela Caro.

—Y si quiero beicon, me voy a la tienda —dijo Wheat.

—Sí, claro, y lo compras con mi dinero —dijo Charlene—.

Trae pa'cá esos cerdos, Junior Junior, pero quiero dos, de los grandes, y me los matas tú.

—Trato hecho.

Wheat no dijo nada. Cruzó el jardín y ayudó a su hija de cuatro años a subirse al coche de plástico rosa.

La abuela Caro estaba mirando a la nada. Charlene la examinó un momento.

—Abuela Caro, ¿estás bien?

La anciana no contestó.

—¿Abuela Caro?

—¿Qué le pasa? —preguntó Junior Junior, acercándose—. ¿Le ha dao un derrame o algo?

La abuela Caro los sobresaltó.

—No, pedazo de memo palurdo, no me ha dao ningún derrame. Hay que ver, en esta casa no puedes pensar en tu vida sin que venga algún idiota y te acuse de estar teniendo un derrame. ¿Te ha dao uno a ti? Porque eres tú quien tiene síntomas.

—¿Y cómo es que te metes conmigo? —le preguntó Junior Junior—. Ha sido Charlene quien se ha puesto a mirarte primero.

—No le hagas ni caso —dijo Charlene—. ¿En qué estabas pensando, abuela Caro?

La abuela Caro se puso a mirar a lo lejos otra vez.

—En algo que desearía no haber hecho. En la mentira que conté hace muchos años sobre aquel chico negro.

—Ay, la madre —dijo Charlene—. Ya estamos con eso otra vez.

—Me porté mal con el negrito aquel. Ya lo dice el Señor: lo que se siembra, se cosecha.

—¿Qué señor? —preguntó Charlene—. ¿El de la tienda de semillas?

—Dios Nuestro Señor, descreída.

Se hizo el silencio en el jardín. La anciana siguió hablando:

—Yo no dije que me hubiera dicho na, pero Bob y J.W. sí lo dijeron, así que les seguí la corriente. Cómo desearía no haberlo hecho, por Dios. J.W. odiaba a los negros.

—Bueno, ya está hecho y es agua pasada, abuela Caro. Así que tranquilízate. Lo que pasó ya no se puede cambiar. No puedes traer al chico de vuelta.